

robusto y calderoniano, así en el relato de Teseo como en el discurso del Embajador de Atenas (1).

Con sor Juana termina, hasta cronológicamente, la poesía del siglo xvii. La del xviii se divide naturalmente en dos períodos, así para España como para sus

(1) Nació sor Juana Inés de la Cruz, de padre vascongado y madre mexicana, en 12 de Noviembre de 1651, y murió en 17 de Abril de 1691. Su nombre en el siglo era D.^a Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana; su nombre poético *Julia*. Sobre el lugar de su nacimiento hay alguna diversidad entre los autores; los más, siguiendo al P. Diego de Calleja (que escribió la primera biografía de sor Juana en la aprobación del tomo tercero de sus *obras*), la suponen nacida en la alquería de San Miguel de Nepantla, á doce leguas de México; otros la dicen hija del pueblo de Amecameca, fundados en un soneto de la misma poetisa, que acababa diciendo:

Porque eres zancarrón y yo de Meca.

Lo seguro es que en Amecameca fué bautizada, y esto es lo que puede concordar los distintos pareceres.

Sus versos, que habían corrido profusamente en copias manuscritas, imprimiéndose sólo algunos villancicos (que quizá ella misma había puesto en música, porque fué excelente en este arte, y hasta escribió un tratado didáctico), comenzaron á ser coleccionados en 1689, publicándolos en Madrid don Juan de Camacho Gayna, bajo los auspicios de la Condesa de Paredes, que había sido virreyna de México, y gran protectora de sor Juana. Este primer tomo lleva el retumbante título de *Inundación castálida de la única poetisa, musa décima, sor Juana Inés de la Cruz, religiosa profesora en el monasterio de San Jerónimo de la imperial ciudad de México; que en varios metros, idiomas y estilos fertiliza varios assumptos, con elegantes, sutiles, claros, ingeniosos, útiles versos para enseñanza, recreo y admiración. En Madrid, por Juan García Infanzón. Año de 1689, 4.^o*

Esta primera edición es rara; repitióse al año siguiente con el título más modesto y adecuado de *Poemas*.

El segundo tomo de las obras de sor Juana se publicó en Sevilla, 1691. No hemos visto esta edición, pero tenemos la de Barcelona, 1693, por Joseph Llopis, que conserva la aprobación de la primitiva, y probablemente estará copiada á plana y renglón.

Con ella hace juego el primer tomo reimpresso por el mismo Llopis en 1691.

El tomo tercero no se imprimió hasta 1700, con el título de *Fama y obras póstumas del fénix de México, décima musa, poetisa americana, sor Juana Inés*

colonias y aun puede decirse que estos períodos corresponden con bastante exactitud á las dos mitades del siglo. En la primera continúa dominando, aunque cada vez más degenerado y corrompido, el gusto del siglo anterior; en el segundo triunfa la reacción clásica ó pseudoclásica que, exagerándose como todas las reacciones, va á caer en el más trivial y desmayado prosaísmo, del cual lentamente va levantándose nuestra poesía por el esfuerzo de algunos buenos ingenios que intentan, y en parte consiguen, armonizar lo severo de la nueva preceptiva con el culto de la dicción poética, noble y majestuosa, bebida en los modelos de nuestro siglo xvi en aquello que tuvo de más clásico, latino ó italiano. Como

de la Cruz. En Madrid, en la imprenta de Manuel Ruiz de Murga. Año de 1700.

Publicó este libro D. Juan Ignacio de Castorena y Ursúa, capellán de honor de S. M. y Prebendado que había sido de la Metropolitana de México.

Los tres tomos juntos se reimprimieron muchas veces en el siglo pasado en Madrid, Barcelona, Zaragoza, Valencia y otras partes. Todas estas ediciones son vulgarísimas en España, y á cual más infelices en papel y tipos. No he visto ediciones americanas, pero las habrá seguramente, totales ó parciales, porque el nombre de sor Juana sigue siendo popular en México.

La última edición peninsular que he visto, es de 1725, y es probable que no se hicieran más, porque ya había comenzado el cambio de gusto.

Son muchos los biógrafos de sor Juana, pero casi todos se limitan á glosar lo que la poetisa dijo de sí misma en la *Carta athenagórica*, respondiendo á la que le había dirigido el Obispo de Puebla, D. Manuel Fernández de Santa Cruz, con el pseudónimo de *sor Philotea de la Cruz*, y lo que escribió el P. Diego de Calleja en la aprobación del tercer tomo de sus *obras*. Algunos datos se sacan también de los innumerables versos panegiricos que se compusieron en su honor, y figuran en la *Fama póstuma*, del Dr. Castorena y Ursúa.

La única composición hoy popular de sor Juana en España (no sabemos si en México también), son sus ingeniosas redondillas en defensa de las mujeres contra las detracciones de los hombres. Nos parecen muy agudas y bien versificadas, pero encontramos más alma poética en otras cosas suyas. Nuestros lectores juzgarán.

últimas manifestaciones del gongorismo mexicano, pueden citarse dos poemas, que ya por distintos motivos hemos tenido que nombrar antes de ahora. Es el primero *La Elocuencia del silencio*.... *Vida y martirio del gran protomártir del sacramental sigilo*.... *San Juan Nepomuceno* (Madrid, 1738); su autor, el abogado don Miguel de Reyna Zeballos, Promotor fiscal del obispado de Mechoacán, de quien poco bueno puede decirse, salvo que versificaba con robustez, dote común en los poetas de su escuela, y que propendía más á lo conceptuoso que á lo culterano. Es el segundo la *Hernandía*, *Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas*, que en 1755 publicó D. Francisco Ruiz de León, natural de Tehuacán de las Granadas. La comparación con otros poemas de los dedicados á la historia de Hernán Cortés, es lo único que hace relativamente estimable la *Hernandía*, que ciertamente vale poco, pero que no es una rapsodia tan detestable como *El Peregrino indiano* ó la *México conquistada*. Siquiera hay número y valentía en la versificación; las octavas están bien construídas, porque todavía el arte de hacerlas no se había olvidado; hay de vez en cuando sentencias, si no profundas, ingeniosas, y en todo el poema cierta lozanía de imaginación, que da derecho para contar á su autor entre los poetas malogrados. Júzguese de su manera por las dos primeras octavas del poema:

No canto endechas, que en la Arcadia umbrosa,
Al basto son de la zampoña ruda,
Lamenta á la zagala desdeñosa
Tierno pastor para que á verla acuda:
Delirios vanos de pasión odiosa,
Que á la alma ciega, y á la lengua muda
Dejan, cuando explicados ó sentidos

Roban el corazón por los oídos.

No los ocios de rústica montaña,
Donde de albogues al compás grosero
Guarda su sencillez y su cabaña
De asechanzas y lobos el cabrero;
No de la vid ó mies, pámpano y caña;
No de la abeja, laborioso esmero,
Dan aliento á mi voz, pues hoy con arte
Estragos canto del sangriento Marte.

Por lo demás, el autor se limita á poner en verso, y en su estilo afectado y pomposo, *La Conquista de México*, de Solís, resultando mucho menos poeta en verso que el historiador en prosa, sin que por otra parte se trasluzca que hubiera pisado siquiera la tierra que describe: tales son de arbitrarias y confusas sus descripciones (1).

Más feliz que en la *Hernandía* parece haber estado Ruiz de León en un rarísimo poemita en 333 décimas, muy devotas y muy conceptuosas, que lleva el título de *Mirra dulce para aliento de pecadores*, y es uno de los primeros libros poéticos impresos en Santafé de Bogotá (2), á donde por extraña casualidad vino á parar el

(1) *La elocuencia del silencio. Poema heroyco, vida y martyrio del Gran Proto-Mártir del sacramental sigilo, fidelissimo custodio de la Fama, y protector de la Sagrada Compañia de Jesús, San Juan Nepomuceno. Por Don Miguel de Reyna Zeballos, Abogado de los Reales Consejos, de la Real Audiencia de México, de Reos del Santo Oficio, y Promotor fiscal del Obispado de Mechoacán. Dedicada al Ilmo. y Rmo. Sr. P. Guillermo Clarke, Confessor de la Cathólica Mag. de nuestro Rey y Señor D. Phelippe V (que Dios guarde). En Madrid: En la oficina de Diego Miguel de Peralta. Año de MDCCXXXVIII. 4.º*

Hernandía. Triumphos de la Fe y gloria de las armas españolas, Poema Heroyco, Conquista de México, Cabeza del Imperio Septentrional de la Nueva España, Proezas de Hernán Cortés, Cathólicos Blasones Militares y Grandezas del Nuevo Mundo. Lo cantaba Don Francisco Ruiz de León, Hijo de la Nueva España.... Con Privilegio. En Madrid: en la Imprenta de la Viuda de Manuel Fernández. Año de 1755. 4.º

(2) *Mirra dulce para aliento de pecadores, recogida en los amargos lirios del Calvario. Consideraciones piadosas de los acerbos dolores de Maria Santisima*

original cuando ya el autor probablemente había desaparecido de entre los vivos. De todos modos, pertenecía á una época literaria completamente agotada y fenecida; puede ser considerado como el último poeta de su escuela.

Habíase iniciado en los estudios la reacción clásica antes de mediado el siglo, y representantes de ella fueron en México dos insignes jesuitas, de los que la pragmática de Carlos III arrojó á Italia en 1767: el Padre Diego José Abad y el P. Francisco Javier Alegre cultivadores uno y otro de la poesía latina más bien que de la vulgar, y señalados además en diferentes estudios: el P. Abad en las Matemáticas y en la Geografía, el Padre Alegre en la Teología Dogmática y en la Historia, no menos que en el cultivo docto y esmerado de la prosa latina y castellana. Pero aquí sólo nos interesan sus obras poéticas, y aun de éstas debemos decir poco, porque en realidad salen fuera de nuestro cuadro. No conocemos la traducción que de algunas églogas de Virgilio hizo en verso castellano el P. Abad (1), y sólo podemos

Señora Nuestra al pie de la Cruz, para agradecerle sus beneficios, acompañarla en sus penas é impetrar su intercesión para una buena muerte. Recopiladas en tiernos afectos métricos para mayor facilidad á la memoria, por D. Francisco Ruíz de León á instancias de un devoto. Primera Edición. Con superior permiso: en Santafé de Bogotá, por D. Antonio Espinosa de los Monteros, 1791. 8.º

El ilustre colombiano D. Miguel Antonio Cano dió noticia de esta edición á Icazbalceta. Véase el tomo 1 de *Memorias de la Academia Mexicana*, páginas 371 á 378.

(1) Nació en una hacienda inmediata al pueblo de Xiquilpan en 1727. Era rector del Colegio de Querétaro al tiempo de la expulsión. Murió en Boloña en 30 de Septiembre de 1779. Los 29 primeros cantos de su poema se imprimieron por primera vez en Cádiz, en 1769, con el título de *Musa americana*, sin noticia del autor, que luego corrigió y adicionó su obra, y la publicó en 1773, en Venecia, dividida en 33 cantos, disfrazándose con el pseu-

juzgarle por su poema latino *De Deo*, que en su primera parte viene á ser una Suma Teológica puesta en exámetros, y en la segunda una Cristiada ó vida de Cristo. Muy lejos estamos hoy de aquel entusiasmo con que los sabios compañeros de emigración del P. Abad, los Andrés, Lampillas, Hervás y Serranos acogieron esta obra declarándola «egregia, inmortal y digna del siglo de Augusto», calificativos que se han aplicado á casi todos los poemas latinos modernos, sin lograr con eso salvarlos del olvido en que comunmente yacen, no tanto por el abandono de la lengua en que están escritos, cuanto por pertenecer á un género de literatura de colegio, que tiene siempre algo de artificial y falsa. Pero aun en este artificio cabe mucho primor de detalle, y hasta es compatible con cierto grado de calor poético, y en una y otra cosa se adelanta manifiestamente el P. Abad á la turba de versificadores latinos que en su tiempo pululaban. Nadie dude que puede tenerse y mostrarse verdadero talento en una lengua muerta, ya se la escriba

dónimo de *Labbeo Selenopolitano*. Con aumento de otros cinco cantos, los reimprimió en Ferrara en 1775, pero la edición definitiva es la de Cesena, 1780, *apud Gregorium Blasinium*, que apareció pocos meses después de la muerte del autor. Á ella va ajustada la de 1793, que tenemos á la vista, á la cual acompaña el retrato del autor:

Didaci Josephi Abadii Mexicani inter Academicos Roboretanos Agiologi De Deo, Deoque homine Heroica. Editio sexta, caeteris castigatior. Caesena MDCCXCIII, 4.º

Con una prefación del P. Manuel Fabri y una vida del autor.

Hay una traducción muy poco apreciada del poema del P. Abad por el franciscano Fr. Diego de Bringas Manzaneda. Su título, según Beristain: «*Musa Americana, ó Cantos de los Atributos de Dios, traducidos en verso castellano de los que en latin escribió el jesuita Abad*» (México, 1783). También don Anastasio de Ochoa tradujo algunos fragmentos del mismo poema, que están en sus *Poesías de un mexicano* (Nueva York, 1828).

en prosa, ya en verso, cuando esta lengua por educación y por hábito ha llegado á convertirse en lengua propia. No es Abad el primer latinista mexicano, porque este lauro corresponde al traductor de la *Iliada*; pero si la lengua que usa no es enteramente pura: ya por la necesidad de emplear términos del tecnicismo teológico, inusitados de los antiguos clásicos: ya porque su primera educación se resintió más que la del P. Alegre de los resabios del estilo del siglo anterior, como lo prueba el hecho de que en sus mocedades gustaba sobre todo de Góngora y de Juan Barclayo el autor de la novela *Argenis* (que es una especie de Góngora de la latinidad moderna); lo primero es condición del asunto ó tema elegido y no culpa del autor, y de lo segundo llegó á triunfar casi por completo en su edad madura, merced al trato con mejores modelos, hasta merecer de los italianos mismos, tan ásperos jueces de toda latinidad que no sea la suya, el dictado de escritor terso y elegantísimo. Pero todavía vence en él, á la limpieza de la dicción y armonía del metro en que otros le aventajan, la copia grande de pensamientos y de doctrina; el arte con que llegó á encerrar en tan limitado espacio toda la economía del cristianismo; la facilidad de consumado teólogo con que da forma poética á la exposición de los divinos atributos; el uso hábil y oportuno de los textos de la Sagrada Escritura, que va sometiendo á las leyes del metro; la efusión lírica de los frecuentes apóstrofes con que interrumpe la severidad de la materia didáctica; el vuelo constante del espíritu hacia las regiones más altas de la contemplación; la suavidad y gracia de algunas descripciones, y como dote característica de su estilo, una cierta concisión sentenciosa y grave. Por esto su

libro figura con modesta, pero sólida y decorosa fama, en el largo y brillante catálogo de los poemas latinos cristianos, presentando reunidos los caracteres de la poesía didáctico-teológica que inició nuestro Prudencio en la *Hamartigenia* y en la *Apotheosis*, y de la poesía narrativa que inició nuestro Juvenco en la *Historia Evangélica*.

Versificador latino muy superior al P. Abad, fué el veracruzano Francisco Javier Alegre (1), ornamento grande de la emigración jesuítica, y uno de los varones más insignes que ha producido Nueva España, ya se le considere como historiador de la Compañía, ya como autor de un curso teológico acomodado á las necesidades de los tiempos nuevos, obra en que la pureza clásica de la dicción, digna de Melchor Cano ó de algún otro rarísimo teólogo del Renacimiento, corre parejas con la solidez de la doctrina y con el largo estudio de la Escritura, de los Padres y de los volúmenes inmortales de Santo Tomás, de Suárez y de Petavio, cuya enseñanza se presenta allí libre, en lo que cabe, de las arideces y espinas escolásticas. Pero con tan graves estudios interpoló siempre el de las letras humanas, al cual debe principalmente la amenidad de su prosa. Ya desde joven había ensayado sus fuerzas en un poemita épico sobre la conquista de Tiro por Alejandro Magno (*Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone*), que muy corregido y dilatado hasta cinco libros, publicó en Forli en 1775. Este trabajo que sólo

(1) Nació en Veracruz en 12 de Septiembre de 1729, y murió en Bolonia en 16 de Agosto de 1788. La mejor biografía suya es la que escribió el padre Manuel Fabri, y antecede á las *Instituciones Teológicas* de Alegre (Venecia, 1789, siete volúmenes). La ha traducido al castellano el Sr. Icazbalceta.

puede considerarse como un ejercicio de estilo, lo mismo que algunas poesías sueltas, entre las cuales se distingue la égloga *Nysus* (que ha ganado mucho al ser puesta en felicísimos versos castellanos por el Sr. Pagaza, pero que ya en su original era una imitación elegante de la égloga segunda de Virgilio, hasta sin cambio de sexo en el protagonista), le abrieron el camino para empresa más ardua, como lo fué su traducción latina de la *Iliada*, impresa en Bolonia en 1776, y luego con grandes correcciones en Roma en 1788.

Si sólo se atiende á los méritos de versificación y lengua, la *Iliada* del P. Alegre es sin duda uno de los monumentos de la poesía latina de colegio. Pero si de considerarla aisladamente pasamos á ponerla en relación con su original, pocos traslados de Homero se encontrarán menos homéricos y más infieles al espíritu de la primitiva poesía heroica, que pocos espíritus sabían discernir en el siglo XVIII, época de elegancia académica en que los más cultos helenistas apenas veían el clasicismo griego sino á través del clasicismo latino. Esta distinción, hoy tan obvia y casi vulgar, era entonces patrimonio de muy pocos, y aun los que técnicamente comenzaban á sentirla y entenderla, no lo mostraban luego en sus versiones: tal era la tiranía de la educación y de la costumbre. La *Iliada* del P. Alegre no tiene más que un defecto, pero éste es capitalísimo y salta á la vista en cuanto se lee el primer canto: no es la *Iliada* de Homero; es una *Iliada virgiliana*. En vano protesta airadamente contra éste juicio mio, como si se tratase de gravísima ofensa al ilustre jesuíta ó á su patria, un laborioso crítico mexicano, muy docto, á lo que dicen, en el conocimiento de las lenguas indige-

nas de América, pero no sé yo si igualmente versado en las letras clásicas, que quizá ha desdeñado por más fáciles y corrientes. Ese juicio que él tiene por extravagancia ó sutileza mía es vulgarísimo en Europa, y jamás he oído expresar otro á los humanistas que han visto la traducción del P. Alegre. Valga por muchos el parecer de Hugo Fóscolo, que, además de gran poeta, y de insigne traductor de Homero, era jonio de nacimiento y tenía el griego por lengua materna. Pues lo que Fóscolo dice de Alegre es textualmente lo que sigue: «Ingiere en su traducción todos los versos traducidos ó imitados por Virgilio; á los que Virgilio dejó intactos, les aplica modos virgilianos: salta á pies juntillas todo aquello que desespera de embellecer; *tiene algunos versos bellísimos, pero no tiene ningún color homérico* (1).» No podía ser fiel traductor de Homero, por mucho griego que supiese, quien tenía de los caracteres del estilo épico la opinión que muestra en una de las

(1) *Innesta tutti i versi tradotti o imitati da Virgilio: a'passi intatti da Virgilio innesta i modi virgiliani: salta a piè pari ciò ch'ei dispera d'abbellire: ha parecchi bellissimi versi, ma nessuna sembianza omerica* (Poesie, Firenze, Le Monnier, 1856, pág. 359).

El mismo Alegre en su prefacio da bien á entender el carácter de su trabajo: «*Poetarum, igitur, Principis mentem, non verba, latinis versibus exprimere conati, Virgilium Maronem, Homeri, inquam, optimum et pulcherrimum interpretem duces sequimur in quo plura ex Homero fere ad verbum expressa, plurima levi quadam inmutatione detorta, innumera, immo totus quotus Maro est, ad Homeri imitationem compositus. Ubi ergo Virgilius, pene ad litteram Homerum expressit, nos eadem Virgilit carmina omnino aut fere nihil inmutata lectori dabimus, nec enim ab ullo mortalium elegantius offerri potuisse quisquam crediderit, aut vitio plagiove nobis verti poterit, si ubicumque inventam heroicam suppellectilem, ipso jure clamante, vero domino restituamus. Ubi autem Virgilius, Virgilius, inquam ipse, nonnullas Graeci Vatis loquutiones et loca latine «desperans tractata nitescere posse, reliquit», nos item relinquemus. Habet enim unaquaque lingua lepores suos.....*

notas de su *Poética castellana*: «¿Quién puede negar en Homero algunas repeticiones, ya de embajadas, ya de transiciones, ya de epítetos enfadosísimos? ¿Quién puede dejar de conocer la impropiedad en algunas larguísimas arengas y diálogos de los héroes, en medio del calor de las batallas?» Siguió, pues, el gusto de su tiempo y el suyo propio, haciendo en gran parte de su *Iliada* una especie de centón de todos aquellos pasajes en que Virgilio imita á Homero, sin advertir que lo hace Virgilio no con fidelidad de intérprete sino con libertad de poeta, y que le imita en su propio estilo, que es el de la culta y refinadísima era de Augusto, poco menos diverso del de la epopeya homérica que puede serlo el de Ariosto ó el del Tasso del de una canción de gesta de la Edad Media.

Escribió el P. Alegre muy pocos versos castellanos: lo mejor que tenemos suyo en nuestra lengua es la traducción libre y parafrástica de los tres cantos primeros del *Arte poética* de Boileau, rimada en silva con mucho garbo, facilidad y viveza, y adornada con notas curiosísimas que no sólo revelan la peregrina erudición de su autor (pues son evidentemente de memoria casi todas las citas que hace, de poetas muchas veces oscuros) sino la relativa libertad é independencia de sus doctrinas literarias, que le hacen atenuar el rigor de ciertos preceptos de Boileau, y vindicar el gusto de nuestro siglo xvii, aun en aquello en que más se aparta del gusto clásico. Tradujo también, con menos fortuna, algunas *Sátiras* de Horacio (1).

(1) Apuntaremos las principales indicaciones bibliográficas relativas á las obras poéticas del P. Alegre:

Escritas y publicadas en Italia la mayor parte de las obras de estos esclarecidos hijos de la Compañía de Jesús, no pudo ser muy eficaz su influjo en el desarrollo de la cultura mexicana. Mayor y más directo era el que ejercían los libros que continuamente llegaban de Es-

Alexandriados sive de expugnatione Tyri ab Alexandro Macedone, libri v. Frolivii, 1775.

Francisci Xaverii Alegrii Americani Veracruzensis Homeri Ilias latino carmine expressa, cui accedit ejusdem Alexandrias, sive de expugnatione Tyri..... Bononie, Typis Ferdinandi Pisauri, 1776.

Francisci Xaverii Alegre Mexicani Veracruzensis Homeri Ilias Latino Carmine expressa. Editio romana venustior et emendatior, 1788. Apud Salvionem Typographum Vaticanum.

Falta en muchos ejemplares la portada grabada, que en uno de los medallones lleva el busto del P. Alegre.

Opúsculos Inéditos Latinos y Castellanos del P. Francisco Javier Alegre (veracruzano) de la Compañía de Jesús. México. Imprenta de Francisco Diaz de León, 1889.

Este precioso tomito, publicado por Icazbalceta con la pulcritud y esmero que él pone en todas sus obras, contiene, además de algunos versos latinos y una prolija traducción sobre la Sintaxis, una traducción, latina también, de la *Batracomiomaquia*, y en castellano algunas sátiras y epístolas de Horacio, y el *Arte poética* de Boileau, conforme al original autógrafo que de estas versiones posee nuestro docto compañero y venerado maestro D. Aureliano Fernández-Guerra. Dió de ellas la primera noticia el Sr. Marqués de Valmar en su inestimable bosquejo (ó más bien *Historia crítica*) de la *poesía castellana en el siglo xviii* que antecede á la colección de poetas de dicho periodo en la *Biblioteca de Autores Españoles*.

La égloga *Nysus* del P. Alegre, publicada por el Sr. Icazbalceta, se lee traducida por D. Joaquín Arcadio Pagaza en el tomo iii de las *Memorias de la Academia Mexicana*, págs. 422-425.

En el brillante contingente que á la emigración jesuitica dió México, y en el cual figuraban entre otros los historiadores Clavijero y Cavo, había otro poeta, el P. Agustín de Castro, cuyas obras que al parecer quedaron manuscritas en su mayor parte, no hemos llegado á ver. Por testimonio de Beristain y de los bibliógrafos de la Compañía, sabemos que escribió *La Cortesiada*, poema épico sobre Hernán Cortés, la descripción de Antequera de Oaxaca en verso castellano, y la de las ruinas de Mitla en verso latino, y que tradujo las *Fábulas* de Fedro, las *Troyanas* de Séneca, y varias poesías de Anacreonte, Safo, Horacio, Juvenal, Milton, Young, Gessner y el falso Ossián. Dejó también un Tratado de Prosodia.